



FRAGMENTOS DE KERALA

UN DIARIO ESCRITO EN DESORDEN -DURANTE
LARGAS HORAS DE ESPERA EN AUTOBÚS,
AVIONES Y AEROPUERTOS- RELATA UNA
TRAVESÍA INESPERADA PARA UNA VIAJERA
QUE VISITA INDIA POR PRIMERA VEZ.

POR ADRIANA HERRERA

Una casa flotante navega
en los remansos de Kerala,
al sur de India.

Rodeado por mar y palmeras, el faro de Tangasseri está situado en la ciudad de Kollam y ha funcionado desde 1902.





Me tomó años escuchar el llamado, una invitación silenciosa que hace un país al viajero que revisa un mapa. Cuando me preguntaban por qué no había ido, mi respuesta era la misma: “No estoy preparada”. No intentaba eludir la pregunta con mi sentencia sino, más bien, sentía que aún no llegaba el momento. No pensaba en los colores, su grandeza o sus rituales, mucho menos en largas horas de meditación. Para mí, India resultaba una idea desdibujada.

Hace casi un año, cuando por fin me llamó, tuve la certeza del viaje por venir. Meses después me vi solicitando una visa, eligiendo escalas, haciendo equipaje para 20 días, revisando el clima y repitiendo en mi mente el nombre de Kerala, al sur de India. Ese fue el lugar que señalé para comenzar mi travesía; mientras las rutas hacia el norte lucían más congestionadas –Agra, Delhi, Bombay y otras–, el sur esperaba con palmeras y playas de agua tibia, pero también con montañas, ríos, selva y mucha quietud. Al estar en India por primera vez, no quería llegar directo al bullicio, sino vivirla desde la calma. Kerala parecía tener eso y más.

LA TIERRA DEL COCO Y SUS SONRISAS

Hacia calor en Kovalam –una de las playas keralenses más visitadas del país–, el atardecer estaba a punto y algunas mujeres conversaban mientras se mojaban los pies en el agua, vestidas con sus saris de colores. A mi izquierda, una estructura verde y lejana ofrecía café, dulces, juguetes de colores o algunas especias. Toda la costa estaba adornada con palmeras que se zarandeaban por una brisa leve.

Había llegado a India dos días antes, después de un vuelo de 14 horas de Miami a Doha, y otro de cuatro horas hasta Trivandrum, la capital del estado de Kerala y buen punto de partida para conocer uno de los estados más exóticos, el más alfabetizado del subcontinente y donde la gente vive más relajada. “Debe ser el mar –me dijeron un día–. La cercanía, las palmeras y el agua tibia los hacen vivir a otro ritmo, lejos de las calles atestadas”. Sin embargo, tiene cerca de 35 millones de habitantes que hablan hasta tres idiomas.

En algún momento pensé que los lugareños podrían ser algo esquivos, ya que deben estar hartos de que los viajeros les tomen fotografías. Quizá por esa razón me sorprendió la absoluta quietud de quienes, sabiéndose observados, miraban de regreso en un juego de curiosidad, mientras poco a poco develaban una sonrisa. En estos lugares, la amabilidad ronda en cada esquina.

“Kera” significa coco y “ala”, tierra. Así que estaba en la tierra del coco, donde todo tenía que ver con el fruto



“LAS PALMERAS Y EL AGUA TIBIA LOS HACEN VIVIR A OTRO RITMO”.

P. Op.: las calles de Kochi se llenan de gente entre sus negocios (sup.); los caminos hacia las plantaciones de té son de tierra y es necesario moverse en vehículos todo terreno (inf.). Arriba: curry de pescado picante cocido en coco.





Kochi es una ciudad turística en movimiento, un sitio donde se elevan los precios y luce congestionado, pero atractivo.



Las plantaciones de té, en Munar, parecen una alfombra verde extendida sobre las montañas que trabajan las mujeres.



“DE LEJOS, EL PAISAJE COBRA UNA SIMETRÍA QUE SEDUCE”.

Sup.: el pescado con curry y el arroz son platos comunes en Kerala. P. Op.: en las plantaciones de té se recogen unos 100 kilogramos diarios de hojas (sup.); los niños de Kovalam ríen y saludan a los viajeros (inf.).

tropical: desde la típica bienvenida con agua de coco en cualquier lugar al que llegara, hasta productos artesanales. Uno de esos días, ya lejos de Kovalam, me tropecé con una señora que estaba parada sobre cientos de fibras de coco y me hizo señas para que me acercara. Sin dejar de mirarme, hizo un movimiento rápido con los dedos y, de esos hilos marrones delgados, fue apareciendo una pulsera que sujetó a mi muñeca. Luego se sentó en el suelo, buscó más fibras y comenzó a tejer. Así me hice de un brazalete de coco improvisado a las orillas del lago Vembanad, poco antes del atardecer.

LA LENTITUD DEL CAMINO

Había navegado cerca de dos horas en una casa flotante que rentamos para trasladarnos por los remansos de la ciudad de Alleppey, al sur de Kochi. Estos canales del río, rodeados de palmeras, son conocidos como la “Venecia de India”, un paisaje lleno de quietud y naturaleza que está en pleno auge turístico. Es posible dormir algunas noches en los botes para despertar con el canto de los templos cercanos, ver el amanecer y viajar sin preocupación alguna, viendo los reflejos en el agua y desayunando frutas y agua de coco.

Paso muchas horas en la parte alta del bote. Miro y saludo a quienes lavan ropa, pescan o se bañan en la orilla. Luego, ya en tierra, reviso el mapa para dirigirme hasta el norte de Kerala; transcurren aún más horas en autobús, pero para este momento del viaje ya he aprendido a moverme según el *Indian Stretchable Time* (indiferencia a la puntualidad), el cual pregona que no existen las prisas. Si te dicen una hora, pueden ser dos más. La travesía es lenta porque no hay autopistas; el camino es estrecho, lleno de gente, avisos, tuk-tuks (mototaxis) y autobuses, entre un calor que sube a unos agobiantes 42°C y baja a unos frescos 22°C al llegar a Munnar.

DEL COCO AL TÉ VERDE, BLANCO O NEGRO

El tiempo fresco de montaña es un alivio. Luego de sortear un camino de curvas cubierto por neblina, el sendero se abre de pronto y se extienden las plantaciones de té. A lo lejos, el paisaje cobra una simetría que seduce. Todo se vuelve verde y, aunque el sol pesa en los hombros, no hace calor. Es todo un asombro para quienes las vemos por primera vez.

Hay mucho té. Las mujeres, vestidas de colores, cortan sus hojas y llenan sacos. Cada una recoge poco más de 100 kilogramos diarios que van directo a las fábricas. Por ello reciben entre ocho y 10 dólares al día. “¿Quieres saber cómo se cortan? –me pregunta una de ellas–. Solo las de arriba. Cuando hemos cortado todas las de arriba, hay que irse a otro lado de la montaña para dejar que





Las mujeres en Kerala son tímidas, pero sonríen curiosas en sus saris de colores.

crezcan”. Muchas de ellas han hecho ese trabajo toda su vida. Yo estoy solo de paso y no puedo dejar de mirarlas. Ni a ellas, ni al paisaje, que es como un cuadro recién pintado.

LAS MUJERES Y SUS SARIS DE COLORES

Es casi mediodía en una de las jornadas más calurosas de Calicut, otra de las ciudades al norte de Kerala. Munar ya queda a lo lejos y la humedad roza el 95%. El sudor se pega en el cuerpo mientras camino por Mittaayi Therivu, una de las calles peatonales más concurridas, repleta de tiendas y alejada de los turistas, un caos ordenado entre el olor a mar y los colores de las mercancías. Todo es barato, mucho más de lo que ya es India.

La cámara al cuello me delata. No soy de aquí, aunque mis facciones son objeto de conversación constante entre quienes saludo: “Tu cara parece india, tu color de piel también”. Sonríe y agradezco el gesto, cada vez.

Con mirada fija, curiosa y profunda, dos mujeres me observan y se tapan la cara. Les pregunto si les puedo tomar una foto y se rien; hay timidez, pero hay mucha más curiosidad. Me hacen pasar a su negocio, me miden el cuerpo, colocan 10, 15, 20 faldas sobre el mostrador y no me decido por ninguna. Quiero los colores de los vestidos que ellas usan, y ninguna combinación atina.

Una de ellas me dice que me puede dar el que lleva puesto. Le digo que no y sonreímos, agradecidas.

Ya luego en Kochi, una de las ciudades más grandes de Kerala –desde donde tomaría el vuelo de regreso–, me hago de un sari de colores. No sé cómo usarlo y le pido a la mujer que lo vende que me enseñe. Me da vueltas, me ajusta la cintura, se aleja, me mira, le sostengo la tela por un lado y ella la dobla por otro. Me viste como si fuera un ritual. No logro aprender a vestirme sola, pero igual lo quiero. *Namaskaran*, nos decimos al despedirnos, para no vernos más.

Un día antes de terminar mi viaje por India, me pongo el vestido. “No es sencillo, pero para mí será un placer vestirme”, me dice otra mujer mientras ajusta el vestido a mi cintura. Me enseña tres maneras de ponerlo; no aprendo ninguna en ese instante, pero nos reímos. Así, salgo a la noche india para volver a tiempo al hotel y empacar mi maleta con las miradas de la gente. Llego a comprender que el ritmo de mi viaje no necesariamente compaginó con esta quietud, y está bien. India me sucedió a fragmentos, una y otra vez.

ADRIANA HERRERA es periodista venezolana. Fue editora de Ocean Drive para Venezuela, Panamá y Puerto Rico; actualmente escribe para Traveler, Estampas y Matador Network.



Las calles de Kochi se llenan de artesanías, especias, vestidos y gente que va de un lado a otro.

FOTO: ADRIANA HERRERA

MAPA: ANDREA SARAHI ORTIZ

KERALA PARA PRINCIPIANTES

Viajar a Kerala es una mezcla de emociones. Es pasar de las palmeras y el mar a las montañas llenas de té o a las calles más concurridas, con gente que va y viene entre telas de colores. El sabor del picante en la boca, el sonido del tambor en los oídos y la quietud de las madrugadas que se interrumpe por el canto proveniente de los templos son sensaciones que se instalan en la memoria. Este destino requiere paciencia y observación: tocará esperar en el andén del tren, recorrer largos caminos en autobús, tratar de entender un inglés rápido y atropellado; pero, por encima de todo, la emoción de la travesía y la certeza de estar en un lugar tan diferente del propio es también una búsqueda de nosotros mismos en la lejanía de los viajes. Eso es Kerala, una emoción contenida que se puede contar de muchas maneras.



¿QUÉ DEBES SABER?

- Se necesita visa para viajar a India, un proceso que se puede hacer por internet (evisaindia.org). Es válida por 60 días y solo en las ciudades que se especifican. El proceso es muy rápido y la aprueban en 48 horas.

- Dependiendo de tu nacionalidad, será necesario tener la vacuna de la fiebre amarilla y otras recomendadas.

- La mejor época para viajar es de octubre a marzo. En abril comienza la temporada de lluvias, la cual dura hasta noviembre.

- La comida en Kerala varía según la temporada. Es uno de los estados con más variedades de picante en el país.

- Muchos llegan para retiros de Ayurveda, pues esa medicina tradicional india nació aquí.

- En el sur no es común consumir alcohol, especialmente en Kerala. Se puede comprar en tiendas señaladas y tomar en los hoteles que lo permitan.

Para más información se puede consultar la página de la Oficina de Turismo del destino, dispuesta a ayudar al viajero en cualquier ámbito de la travesía (keralatourism.org).